

Pregón Semana Santa · Catedral de Barbastro

Sábado de Pasión

28 de marzo de 2026

Saludo

Querido don Ángel Pérez Pueyo, obispo de Barbastro, **autoridades**, queridos amigos —que son muchos hoy aquí—... Muchas gracias a la Junta Coordinadora de Cofradías de Barbastro por invitarme a pronunciar el pregón de esta Semana Santa 2026, además en este Sábado de Pasión que nos invita, precisamente, a ser testigos de lo que vamos a revivir los próximos días.

Me hace especial ilusión estar hoy aquí. Barbastro es una tierra que siempre me ha acogido con cariño, con cercanía y con esa forma tan vuestra de hacer sentir a cualquiera como en casa. Una tierra de fe profunda, de tradiciones vivas y de gente comprometida con aquello que ama y que cuida.

Por eso, aceptar esta invitación ha sido, al mismo tiempo, un honor y una responsabilidad. Un honor por poder poner voz —aunque solo sea por unos minutos— a la emoción, la devoción y la esperanza que llenarán las calles en los próximos días. Y una responsabilidad porque sé que hablar de la Semana Santa de Barbastro es hablar de algo que lleváis muy dentro.

Guardo además un recuerdo muy especial de mi paso por aquí en 2023, con motivo del Congreso Nacional de Hermandades y Cofradías. En medio de aquellos días tan intensos, viví un instante profundamente revelador. Nos colamos -como quien dice- en la Iglesia de San Francisco, momentos antes de la salida extraordinaria de la procesión del Santo Encuentro. Y lo que allí pude vivir, lejos del bullicio de la calle, fue algo bellissimo. Contemplar la otra cara de la Semana Santa, con esas miradas que se cruzaban entre emoción y recogimiento, me hizo comprender que la Semana Santa no comienza cuando se abren las puertas del templo y las imágenes salen al encuentro del pueblo. Comienza mucho antes: en ese silencio compartido, en la emoción contenida, en la fe humilde y perseverante de quienes, año tras año, hacen posible que el misterio vuelva a caminar por nuestras calles.

Y digo “nuestras” porque, aunque algunos lleguemos desde fuera, hay lugares que nos acogen de tal manera que uno termina sintiéndose, de algún modo, parte de ellos.

De Jerusalén a nuestras calles

Queridos hermanos y hermanas, Barbastro se prepara para vivir su Semana Santa, unos días que nos conectan de nuevo con el Evangelio.

Las calles mantienen todavía cierta calma, pero todos sabemos que algo comienza a latir. En los templos, las imágenes aguardan en silencio. En las casas de los cofrades se preparan túnicas, capirotos, guantes y cíngulos. En los talleres y en las sacristías se ultiman los detalles de unos pasos que, muy pronto - algunos ya lo han hecho-, volverán a recorrer nuestras plazas y nuestras calles.

La ciudad se prepara...

Mañana, con palmas en las manos, reviviremos aquella entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Imaginad la escena... cómo la multitud lo aclama en esa entrada montada en un pollino, extendiendo las palmas y los ramos al camino gritando "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Es un momento de entusiasmo, de alegría desbordante, de esperanza compartida. Jerusalén vibra con la llegada de aquel en quien muchos han puesto sus sueños.

Pero ¿sabéis qué? Ese mismo Jesús sabe que las palmas pronto se tornarán en pasión: azotes, corona de espinas, madero de cruz...

El Evangelio nos deja entrever que esa misma ciudad que hoy aclama, mañana dudará. Que las voces que hoy cantan hosannas pronto se volverán confusas. Que la multitud que hoy abre paso al Maestro no tardará en dispersarse cuando el camino se vuelva oscuro.

Y Jesús lo sabe...

Sabe que esos ramos de victoria anuncian ya la cercanía de la cruz. Sabe que el camino que está comenzando no terminará en un trono, sino en el Calvario. Y aún así entra en Jerusalén con paso sereno, decidido, con el corazón lleno de una fidelidad absoluta...

Cada año, cuando la Iglesia proclama este Evangelio al comienzo de la Semana Santa, nos invita a hacer algo más que recordar una escena del pasado. Nos invita a entrar nosotros también en Jerusalén. Nos invita a caminar junto a Cristo en los días más intensos y más decisivos de su vida...

Y eso es precisamente lo que nuestro pueblo se dispone a hacer.

Cuando mañana Barbastro levante las palmas y acompañe al Señor en sus primeras procesiones, no estará representando un simple episodio histórico. Estará diciendo que quiere caminar con Cristo. Que quiere estar a su lado no sólo en los momentos de gloria, sino también cuando el camino se estrecha y aparece la cruz.

La Semana Santa es una invitación a seguir a Cristo por las calles de nuestra vida, con nuestras alegrías y también con nuestras heridas. Una invitación a descubrir que ese hombre que entra en Jerusalén no es sólo un personaje del pasado, sino el Señor que sigue caminando hoy junto a su pueblo.

También junto a Barbastro... porque el camino de la cruz sigue atravesando nuestro tiempo.

Las Cruces de nuestro tiempo

Basta abrir los ojos para descubrir que nuestro mundo continúa lleno de cruces. Cruces que no siempre se levantan sobre colinas visibles como el Calvario, pero que pesan cada día sobre los hombros de millones de hombres y mujeres.

Hay cruces que estremecen al mundo entero: las guerras que desgarran pueblos y familias, la violencia que destruye hogares y deja tras de sí ciudades heridas y niños sin futuro; Hay hombres y mujeres que hoy siguen caminando como peregrinos sin tierra, obligados a abandonar su hogar, su lengua y su historia. Muchos de ellos encuentran en el camino fronteras cerradas y mares que se convierten en tumbas silenciosas, mares donde tantos migrantes se han ahogado no sólo en el agua, sino también en la indiferencia del mundo.

Hay también cruces que nacen de la injusticia, y de la pobreza que se instala en demasiados hogares, de familias que cada día hacen cuentas imposibles para llegar al final del mes, de padres y madres que sufren en silencio para que a sus hijos no les falte lo imprescindible.

Y cruces que quizá no ocupan titulares, que apenas se ven, pero sin embargo forman parte de la vida cotidiana: matrimonios que atraviesan momentos de crisis, cuando el amor que un día fue promesa parece oscurecerse entre el cansancio, las incomprensiones o las heridas que cuesta perdonar.

También están las cruces de la enfermedad, que llega sin avisar y cambia de repente el rumbo de una vida. La enfermedad que obliga a aprender la paciencia, la dependencia y la fragilidad.

Están las cruces de quienes cuidan cada día a un ser querido con entrega silenciosa, sin reconocimiento y sin descanso... Y las de los ancianos que viven rodeados de recuerdos pero a veces demasiado cerca de la soledad.

Y están también las cruces de tantos jóvenes que, en medio de un mundo lleno de estímulos y pantallas, sienten sin embargo un vacío profundo. Jóvenes que buscan sentido y compañía, pero que con frecuencia acaban atrapados en adicciones, en la soledad digital, o en una vida que parece tenerlo todo menos esperanza.

Son muchas las cruces de nuestro tiempo. Y ante todas ellas resuena una pregunta que se hace inevitable: ¿dónde está Dios en medio de tanto sufrimiento?

¿Dónde está la esperanza cuando el mal parece sellar la piedra del sepulcro sobre nuestras ilusiones? ¿Por qué tanta indiferencia hacia Dios y el prójimo, tanta violencia que nos deja desnudos y heridos?

La respuesta la tenemos en la Semana Santa: Dios está en la cruz.

No contemplamos a un Dios lejano que observa el dolor del mundo desde la distancia. Contemplamos a un Dios que ha querido entrar en nuestra historia hasta el fondo, que ha aceptado cargar con el peso del sufrimiento humano y

que ha convertido la cruz —instrumento de muerte— en un lugar de encuentro, de amor y de esperanza.

Barbastro sabe bien lo que significa mirar la cruz. Esta es tierra de fe, tierra que ha conocido la prueba, el sacrificio y el testimonio. Tierra marcada para siempre por la memoria de los mártires de Barbastro, hombres sencillos que, en medio de la oscuridad de la historia, supieron mantenerse firmes y entregar su vida con serenidad y esperanza.

Por eso, cuando aquí contemplamos la cruz, no vemos sólo un símbolo. Vemos una historia vivida. Vemos rostros concretos, vidas entregadas... una realidad que también ha atravesado nuestra propia tierra.

Tal vez por eso la Semana Santa de Barbastro tiene una fuerza especial.

No es solamente una tradición que el tiempo ha conservado. No es únicamente una celebración que llena nuestras calles de belleza, de música y de silencio. Es la expresión viva de la fe de un pueblo. Una fe que se hace visible en cada procesión, en cada paso, en cada tambor que rompe la noche, en cada nazareno que camina despacio tras la imagen del Señor.

Una fe que ha sido reconocida también fuera de nuestras fronteras... Pero quienes la vivimos desde dentro sabemos que su valor más profundo no está sólo en su belleza o en su historia. Está en el alma de un pueblo que cada año vuelve a ponerse en camino para acompañar a Cristo.

Y esta tarde comenzamos de nuevo ese camino.

Todavía no se han alzado las palmas del Domingo de Ramos. Todavía no hemos escuchado el silencio sobrecogedor del Viernes Santo ni el anuncio jubiloso de la Pascua. Pero Barbastro hoy contiene la respiración... porque sabe que todo está a punto de empezar.

Mañana, cuando Cristo vuelva a entrar simbólicamente en Jerusalén entre ramos y hosannas, también entrará una vez más en nuestras calles, en nuestras casas y en nuestras vidas... Y no lo hace para un reino de poder terrenal, sino para cargar nuestras cruces en la suya.

Y nosotros, como tantas generaciones antes que nosotros, volveremos a acompañarlo en el camino que conduce desde la alegría de los ramos hasta la verdad de la cruz... sabiendo que la cruz no es derrota, sino semilla de Resurrección. Y que nosotros estamos llamados a ser, también hoy, misioneros de esperanza en este mundo herido.

Un pueblo que camina con la cruz

El corazón del hombre necesita responder ante el misterio del dolor y del amor que contemplamos en la cruz. Necesita ponerse en camino, expresar la fe con gestos visibles, convertir la memoria del Evangelio en algo que pueda tocarse, escucharse y caminar.

Eso es lo que hace cada año nuestro pueblo.

Dentro de muy poco, las puertas de nuestros templos se abrirán y las calles de Barbastro se transformarán en un gran camino de fe. Las imágenes saldrán al encuentro de la ciudad. Los pasos comenzarán a avanzar lentamente sobre los hombros de quienes los portan con esfuerzo y devoción. Las túnicas de los cofrades llenarán de color y de silencio nuestras plazas. Y el sonido profundo de los tambores y bombos volverá a atravesar la tarde y la noche como un latido antiguo de fe que acompasa el caminar de todo un pueblo.

Entonces comprenderemos que la Semana Santa no se limita a contemplar la cruz: la acompaña.

Cada nazareno que camina en silencio detrás de un paso está diciendo, quizá sin palabras, que quiere seguir a Cristo también cuando el camino se hace pesado. Cada costalero o portador que sostiene el peso de la imagen está recordando que nadie debería cargar solo con su cruz. Cada tambor que resuena en la noche parece repetir, con su ritmo profundo, el latido de un pueblo que no ha olvidado su fe.

Y en ese caminar hay algo que nos une a todos.

A quienes creen con firmeza, a quienes dudan, a quienes quizá sólo miran desde la acera movidos por la belleza o por la tradición. Porque la Semana Santa tiene esa extraña capacidad de hablar al corazón de todos. Incluso de quienes no saben muy bien cómo nombrar lo que sienten cuando una procesión pasa en silencio por su calle.

Tal vez sea porque, en el fondo, todos reconocemos algo de nuestra propia vida en ese camino.

Reconocemos nuestras cargas, nuestras heridas, nuestras búsquedas. Reconocemos que también nosotros avanzamos muchas veces entre sombras, sosteniéndonos unos a otros, esperando que al final del camino exista una luz que de sentido a todo.

La fe no se queda encerrada entre los muros de los templos. Sale a la calle. Camina despacio entre la gente. Se mezcla con la vida cotidiana de la ciudad. Y recuerda a todos —creyentes o no— que el amor que llevó a Cristo hasta la cruz sigue recorriendo hoy nuestras calles, nuestras casas y nuestras historias.

Por eso, cuando en los próximos días veamos avanzar una procesión por Barbastro, no estaremos asistiendo simplemente a una tradición hermosa o a un recuerdo del pasado... Estaremos contemplando a todo un pueblo que, generación tras generación, sigue saliendo al encuentro de Cristo para acompañarlo en el camino de la cruz.

La esperanza cristiana

Pero si la Semana Santa se detuviera en la cruz, el camino quedaría incompleto.

Si todo terminara en el Calvario, si la última palabra de la historia fuera el dolor, el fracaso o la muerte, entonces nuestras procesiones serían solamente un recuerdo triste de un hombre bueno que fue derrotado por la violencia del mundo.

Pero el corazón de la fe cristiana anuncia algo muy distinto.

La cruz no es el final.

Ese madero que parecía el signo definitivo del fracaso se convierte en el misterio de Dios, en el lugar donde nace una esperanza nueva. Allí donde el mundo pensaba que todo había terminado, comienza en realidad una historia de esperanza.

Porque el amor que llevó a Cristo hasta la cruz es más fuerte que la muerte.

Por eso la Semana Santa no es sólo contemplación del sufrimiento. Es también anuncio de esperanza. Una esperanza que no ignora las lágrimas del mundo, pero que se atreve a afirmar que ninguna herida es definitiva, que ninguna noche es eterna, que ninguna cruz tiene la última palabra.

Los cristianos creemos —y lo proclamaremos con alegría en la madrugada de Pascua— que la piedra del sepulcro fue removida y que la vida venció para siempre a la muerte.

Y eso lo cambia todo.

Cambia el modo de mirar nuestras propias cruces. Cambia la forma de enfrentarnos al dolor. Cambia incluso el modo de comprender la historia.

Porque si Cristo ha resucitado, entonces cada gesto de amor tiene sentido. Y también las cruces de nuestro tiempo —las grandes y las pequeñas— pueden convertirse en lugar de vida cuando son atravesadas por el amor.

Dios no se ha mantenido al margen del sufrimiento humano. Ha entrado en él. Lo ha abrazado. Lo ha transformado desde dentro.

Por eso, cuando acompañemos a Cristo por las calles de Barbastro en estos días santos, no caminaremos hacia la oscuridad, sino hacia la luz.

Caminaremos sabiendo que después del silencio del sepulcro llegará la mañana nueva de la Pascua. La mañana en la que la vida vence a la muerte. La mañana en la que la esperanza se levanta para siempre.

El corazón de nuestra Semana Santa

Y ahora, en Barbastro, el camino está a punto de comenzar.

Dentro de unas horas nuestras calles volverán a llenarse de pasos lentos, de túnicas que avanzan en silencio, de tambores que estremecen la noche y de miradas que buscan algo más allá de lo que alcanzan a ver. La ciudad entera se convertirá, una vez más, en Jerusalén.

Cada plaza será un tramo del camino... Cada calle, una estación de la Pasión...
Cada corazón, un lugar donde Cristo quiere entrar.

Vivamos estos días con hondura.

Que quien se revista con la túnica de cofrade no olvide que también se reviste de servicio y de entrega. Que quien cargue sobre sus hombros el peso de un paso recuerde que está representando uno de los gestos más hermosos del Evangelio: ayudar a llevar la cruz del otro. Que quien golpee el tambor en la noche lo haga sabiendo que ese sonido es, en el fondo, el latido de una fe que sigue viva.

Pero también que quien mire una procesión desde la acera sepa que no está simplemente contemplando una tradición... Está contemplando una historia que habla de su propia vida.

Porque todos, de un modo u otro, caminamos con nuestras propias cruces. Todos conocemos la fragilidad, la duda, el cansancio, la incertidumbre... Todos necesitamos alguna vez escuchar que el dolor no es inútil y que la esperanza no es una ilusión.

Eso es lo que la Semana Santa viene a decirle cada año a nuestro pueblo.

Que Dios no ha abandonado el camino del hombre... Que Cristo sigue pasando por nuestras calles... Que sigue acercándose a nuestras heridas... Y que sigue recordándonos que la cruz nunca es el final de la historia.

Acompañemos a Cristo en su camino. Permanezcamos a su lado cuando llegue la hora del silencio y del Calvario. Y esperemos con Él la mañana nueva en la que la vida vence para siempre.

Que esta tierra nuestra, tierra de mártires, tierra de fe perseverante, vuelva a caminar unida tras las huellas de Cristo.

Y que cuando dentro de unos días resuene el anuncio de la Pascua, podamos decir con alegría que también nosotros hemos recorrido el camino.

El camino que pasa por la cruz... pero que siempre conduce a la vida y a la esperanza renovada.

Que comience la Semana Santa (*para recitar*)

Barbastro:

Cuando veáis pasar a Cristo por vuestras calles,
no lo miréis sólo con los ojos...
miradlo con el corazón.

Cuando escuchéis el tambor romper el silencio de la noche,
recordad que es el latido de un pueblo que no ha perdido la fe.

Cuando contempléis la cruz avanzar lentamente entre la multitud,
no penséis que es un signo de derrota.

Es el árbol donde Dios ha sembrado la esperanza del mundo.

Y si alguna vez la cruz pesa demasiado en vuestra vida,
si el camino se vuelve oscuro
y parece que la noche no termina...

mirad al Crucificado.

Porque desde esa cruz
Dios nos sigue diciendo
que el amor es más fuerte que el odio,
que la vida es más fuerte que la muerte,
y que la esperanza
siempre tiene la última palabra.

Que comience la Semana Santa.

Que Cristo vuelva a recorrer nuestras calles.

Y que Barbastro, tierra de mártires y de fe,
camine una vez más tras las huellas del Señor.

Despedida:

Queridos hermanos y hermanas:

Que esta Semana Santa nos encuentre con el corazón abierto,
dispuestos a acompañar a Cristo en su camino,
a descubrirlo en cada cruz de nuestro mundo,
y a reconocerlo en cada gesto de amor y de entrega que nos rodea.

Que las procesiones nos llenen de fe,
que el silencio nos enseñe a escuchar,
y que la alegría de la Pascua renueve nuestra esperanza.

Que la luz de la resurrección ilumine nuestros días,
y que Barbastro, tierra de mártires y de fe perseverante,
camine unida tras las huellas del Señor.

¡Feliz Semana Santa a todos!